



HAMBURGUESAS
VOLADORAS

Diego Villamizar Ortega

HAMBURGUESAS
VOLADORAS



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

©Diego Villamizar Ortega

ISBN: 978-84-18828-58-4

ISBN digital: 978-84-18828-59-1

Depósito legal: M-21853-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

HAMBURGUESAS VOLADORAS

Lo peor de todo es que ya lo sé.
Sé lo que le va a pasar a la humanidad
por el resto de su eternidad.

DE TRES EN TRES

Amarina, mujer elongada, eterna, incierta, musical.
Que vienes de una estrella, una gota de luz en un
Universo ya sin misterio,
eres la diosa de la fracción.

Una canción agotada,
inspiración del trasegante.
aquel que mira al cielo
y ve cómo se cruzan
destinos delirantes.

Sus ojos narran criaturas
milenarias que arrastran en sus alas
el caos, el desorden, la plétora
del despelote el dolor.

Sin un norte el caminar del alma, que anda
y anda, dejando el rastro
de la pérdida de su aura,
su horizonte.

Estamos en frente de lo absoluto
que se fragmenta en pedazos
cayendo al vacío infinito, desgarrando las pieles
que sangran sin hastío.

Botan delicias, botan rocío,
salen corriendo en manada grandes rocas,
algunos asteroides con cara de meteoritos.
Libres, desarraigados, sin madre, sin regazo
sin la mínima intención
de volver a recoger sus pasos.

Oh, Amarina, déjame cantarte una canción
si es que puedes escuchar a aquel que ha llorado,
que no tiene ya un corazón.
Deja que esta voz que sale endeble
se vaya fortaleciendo
con cada nota, cada letra,
cada frase, cada oración.

Que sale de lo profundo de un mundo
agotado, sin imaginación.
Déjame quieto, tírame la nada
que anda entre tus manos galopando en manada.
Que no se agrupa, que tiene en sí
tu veneno de retazo.

Son mis ojos los que ven ese cielo
en donde todo es un fragmento

de lo que trae y se lleva el viento.
Son mis ojos los que imponen
un orden dentro del desorden
inminente en el que se desenvuelve mi interior.

Son mares, te digo, mares cargados de furia
de profundidad, de los dos que se juntan
y comienzan el fin de lo que es humanidad.
Se tragan todo, lo degluten
lo fermentan lo hacen trizas.
No lo lamentan, no saben cómo llorar.

Quiero reflexionar en esta hora que se acaba,
le quedan segundos para extinguir el rumbo
que la vio nacer en un tiempo inmenso
que no tiene donde perecer.

Quiero decir tantas palabras,
construir las imágenes
de una vida que tiene tanta felicidad.
Una arqueología de la ficción
que se levanta como una
función de teatro, una farsa descomunal
de un tiempo
en donde la especie humana
era la norma meridional.

Amarina, personaje que viene y va,
que busca pero nunca logra encontrar.

Personaje ahí en la estela de ese gran barco
que navega por las totalidades partiendo
el excremento de un Big Bang.

Tienes la capacidad de
descontinuar la continuidad.
Una diosa, una ninfa, una musa.
que se despeluca con la mirada espectral
de un cualquiera en una calle mugrosa,
asquerosa, ruidosa de una ciudad
de la contemporaneidad.

Ese man, ese man feo, horrible,
Que pone en su boca un pedazo de torta
calentada, recalentada, cocida
en un aceite que es la muestra
de una vida asesina.

Decadente, piensa de nuevo una vez ve al cielo
que la vida no puede ser mejor.
Es el reflejo de una situación que es un
caos interior del que se alimenta.

Es la misma matriz de la
descendencia de una vida
que tienen como servilleta,
una mano cargada de una bacteria
contenida en una merienda
que se vende en cualquier trastienda.

Que tiene una caneca,
que no aguanta más desilusión,
que tiene la boca llena,
que se hace de la miseria del que
sin saberlo, simplemente
tira hacia la nada del recuerdo
algo que se produjo en una
constelación de tuercas.

Un jefe que se peina la cabeza con
una peinilla hecha de luna,
un fragmento de esos que tiras
y alguien agarra del pavimento,
es la misma grasa que se
pasa por encima de la melena.

Tienes que escuchar,
porque ese hedor hay que escucharlo,
es sudoroso, un vacío
que tiene en cada una de sus vértebras
pequeñas historias de carroña.

Y te digo: es el sonido de la muerte
que viene caminando a lo lejos
y se acerca, y se acerca,
y cuando la ves no es más
que uno de los que están insertos
en este mundo vendiendo miseria.

Todo eso en un instante
en el mismo instante que
vienes soltando cuando partes
todo lo que se te pone en el regazo.

No permites el fluir
de lo que quiere correr
para encontrarse de nuevo
con su hermano.

Todo lo quieres volver causal,
lo quieres oscurecer,
quieres crear abstracciones
que nadie quiere recomponer.

Es la misma corrupción
la que has creado.
El fragmento solo se busca
y en esa búsqueda
se encuentra con opuestos,
con nuevos partimentos,
fractos con todo lo que disuena,
lo que no tiene una narrativa plena
lo que se une y habla distintos lenguajes
lo que impone su propia condena,
su discurrir interno
que solo es un fluir de lamentos.

No conozco al primero que diga
que tiene un cuento que echar
en donde lo que esgrima
sea esa cruda verdad
del que se dice fuerte,
pero no es más que un inútil
que no tiene sino un recuerdo
de una moral canto y canto.

Porque no te entiendo,
no entiendo tu vanidad,
partir todo lo que era entero.

Eso sí que es una de las grandes tareas
que no se la he visto
ni al más astuto en todo la historia
de esta triste humanidad.

Y ahora dónde está mi paraíso,
dónde está mi igualdad,
dónde, si todo lo que veo
es una asincronía, un caos.
Inmenso, monumental, una entropía.

Veo mariposas amarillas,
veo que los vientos vienen y van,
veo que las aguas no reposan,
que siempre buscan llegar
cansadas, agotadas, espumantes.

Así tienen que volver a pelear
una y otra vez en su fluir
y en sus sonidos
que cargan los secretos
de todos los filamentos
que han pulido son rocas
y más rocas.

El manifiesto de una
tierra que se declara poseedora
de cuanto destino se desenvuelve
en su imperfección,
es sus formas rugosas.

En la declaratoria de
una finitud tortuosa
que exige de quien se posa
en su tez tenga la capacidad
de entender que de sus fauces
solo se escapa deslizándose
por entre las ramas.
siendo tangencial, marginal,
espectral, silencioso.

Un ave que se eleva al cielo
y le hace sombra al mundo
asume la inmensidad del sol en su lomo
crea con ello la oscuridad,
deja que estos ojos míos

se diviertan con las múltiples
manifestaciones de una noche
que se esconde, pero que suelta
delicias en un tono de dicha
cargadas de luz y sensualidad.

Oh, ave hermosa,
que vuelas por encima
de todas las cosas,
de todo lo que tiene en su rostro
solo un destino del que no se puede escapar.

Oh, ave hermosa,
indomable eres,
el héroe de quien cree que eres
la única que tiene libertad.

Estoy debajo de ti,
suéltame de nuevo.
Un rayo de sol.
Estoy embriagado,
por fin ando en un sueño,
ando en un todo,
soy cielo, estrella,
no tengo pensamientos.

Todos los pensamientos
son aquellos en los que
me encuentro, fluyo,

no tengo un centro,
soy el universo, la infinitud,
lo que no tiene un segundo,
lo que carece de tiempo soy.

Oh, ave,
que no tienes en ti el lamento
del que sabe que
tiene que regresar a la tierra
que tiene que volver a enfrentar
la fracción, la ruina, el sonido del martillo
que se vierte asesino y depredador.

Por encima de mil canciones
que corren por dentro de mi cabeza,
que salen de ahí
y luego se los entrega
a los miles de vientos
que tienen en sí, de nuevo,
tantos alientos como ruidos hay.

Y perece y muero, y de nuevo
soy un simple mortal, soy finito,
tengo que ir, mirar cómo es que puedo
desenvolverme de nuevo en la babel,
en la comuna, en fractos unidades
de continuidad, de conciencia,
que solo alcanzan para comprar
un poco de realidad.